



¿Cuánto hay de nuevo y cuánto de populismo en el neopopulismo? Kirchnerismo y peronismo en la Argentina post 2001

How much of new and how much of populism are there in the new populism? Kirchnerism and Peronism in Argentina post 2001

Adrián PIVA*

Recibido: 22.12.12

Aprobado definitivamente: 21.04.13

RESUMEN

Durante la última década, un conjunto de Gobiernos latinoamericanos, constituidos a partir de procesos de movilización social contra el Estado neoliberal de los años '90, han hecho resurgir el interés por el populismo. Estos gobiernos recompusieron el poder político estatal y las condiciones para la acumulación de capital sobre el fundamento de la incorporación de demandas y de la inclusión política de parte de los movimientos sociales protagonistas de los procesos de movilización social. En el plano teórico la aparición de *La razón populista* de Ernesto Laclau devolvió actualidad a la vieja pregunta ¿qué es el populismo?

En este trabajo nos aproximamos al problema de la relación entre neo populismo, término con el que denominamos la reemergencia de gobiernos y movimientos que se reivindican nacional populares, y populismo en el caso Argentino, a través del análisis de la relación entre kirchnerismo y primer peronismo. En la medida que se trata de una primera aproximación, partiremos de un balance de la tradición clásica de estudios sobre el primer peronismo para intentar establecer en qué medida los problemas, categorías y análisis históricos que la caracterizan permiten conceptualizar y comprender el proceso de recomposición del poder político durante el período kirchnerista.

Palabras clave: Populismo, neopopulismo, peronismo, kirchnerismo, hegemonía, Estado.

ABSTRACT

During the last decade, a number of Latin American governments, formed from processes of social mobilization against neoliberal state-90s have made to resurge the interest about populism. These governments have reconstructed the political power of state and conditions for capital accumulation on the basis of the incorporation of demands and political inclusion of protagonist social movements of social mobilization processes. At the theoretical level the Populist Reason by Ernesto Laclau returned the interest about the old question: What is populism?

* Sociólogo. Docente-Investigador de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de Quilmes; Investigador Asistente del CONICET. Email: apiva72@hotmail.com.

In this paper we approach the problem of the relationship between neo-populism, a term we use to denominate the governments and movements national popular, and populism in the Argentine case, through the analysis of the relationship between Kirtchnerism and the first Peronism. To the extent that this is a first approximation, we will depart of a balance of the classical tradition of the studies about the first Peronism to try to establish to what extent the problems, categories and historical analysis that characterize it, allow to us conceptualize and understand the process of recomposition of political power during the Kirchner era.

Keywords: Populism, neo populism, peronism, kirchnerism, hegemony, State.

SUMARIO

1- Introducción. 2- El misterio del populismo y la doble anomalía del peronismo. 3- Las marcas del populismo como condición del neopopulismo. 4- Movilización y desmovilización . 5- Una década de transformaciones aceleradas. 6- Desmovilización, resistencia e integración. 7- El Kirchnerismo como neopopulismo. 8- Kirchnerismo y recomposición del consenso. 9- Disponibilidad y excedente económico. 10- Conclusiones. 11- Bibliografía.

Introducción

Durante la última década, un conjunto de Gobiernos latinoamericanos, constituidos a partir de procesos de movilización social contra el Estado neoliberal de los años '90, han hecho resurgir el interés por el populismo. Estos gobiernos recompusieron el poder político estatal y las condiciones para la acumulación de capital sobre el fundamento de la incorporación de demandas y de la inclusión política de parte de los movimientos sociales protagonistas de los procesos de movilización social. En el plano teórico la aparición de *La razón populista* de Ernesto Laclau devolvió actualidad a la vieja pregunta ¿qué es el populismo?

En este trabajo nos aproximamos al problema de la relación entre neo populismo, término con el que denominamos la reemergencia de gobiernos y movimientos que se reivindican nacional populares, y populismo en el caso Argentino, a través del análisis de la relación entre kirchnerismo y primer peronismo. En la medida que se trata de una primera aproximación, partiremos de un balance de la tradición clásica de estudios sobre el primer peronismo para intentar establecer en qué medida los problemas, categorías y análisis históricos que la caracterizan permiten conceptualizar y comprender el proceso de recomposición del poder político durante el período kirchnerista.¹ Dada la variedad y cantidad de los aportes al debate clásico sobre el populismo latinoamericano y el peronismo sólo expondremos más extensamente aquellos que resultan especialmente relevantes para nuestro desarrollo posterior, ello explica la desigualdad en la exposición de los diversos autores. Por otra parte, dichos autores son de sobra conocidos, se nos excusará, entonces, la exposición extensa de sus posiciones en la necesidad de

¹ La “tradición clásica”, tal como la entendemos aquí, incluye tanto a la estrictamente clásica (el trabajo de Germani y el conjunto de análisis inspirados por él) como a las entonces denominadas “tesis revisionistas” (que cuestionaron el papel de la distinción entre obreros nuevos y viejos) y es cerrada por el trabajo de Juan Carlos Torre. Creemos que todos ellos comparten un nudo de problemas que difiere radicalmente de aquellos que están en el centro de la mirada de Laclau y de las aproximaciones post estructuralistas o post fundacionalistas en general.

hacer explícitos los problemas, categorías y análisis históricos que retomamos para el estudio del kirchnerismo.

El misterio del populismo y la doble anomalía del peronismo

Muchos intentos de definir al populismo han fracasado a lo largo de seis décadas. Ha contribuido a ello la multiplicidad de gobiernos, regímenes, partidos y movimientos denominados como populistas. También sigue siendo un obstáculo cierta aceptación acrítica en el campo académico de un término cuyo uso cotidiano tiene una connotación negativa y que tuvo y tiene su correlato en una asociación demasiado rápida de populismo y autoritarismo.²

Laclau hizo de la indefinición del populismo el punto de partida de su análisis (Laclau 2010). Su conceptualización como una lógica política formal de constitución de identidades populares, señala la vacuidad del concepto de “pueblo” como una condición del proceso mismo de constitución de sujetos. Desde esa perspectiva el populismo se especificaría por un énfasis en la lógica equivalencial, común a toda política, cuyo resultado más significativo sería la división dicotómica de la sociedad en dos campos antagónicos, uno de los cuales, el “pueblo”, se reivindica como la totalidad. Dicha representación del populismo extiende su ámbito de validez a una amplia gama de fenómenos que incluyen desde el maoísmo hasta el nazismo pasando por el peronismo y ciertas formas de neoconservadurismo. A pesar de ello, hay un elemento que es central a esta definición y que nos interesa retener: el populismo supone la absorción de demandas democráticas a través de su articulación en una cadena equivalencial, esto es, su transformación en demandas populares. Ello supone la inscripción de demandas insatisfechas en un orden político que, por medio de su oposición a un orden excluyente, se reivindica universal. Sin embargo, el carácter puramente formal del concepto excluye cualquier referencia a grupos sociales presupuestos al proceso de constitución de identidades populares. En otro lugar hemos señalado los límites de la pretensión de Laclau de expurgar cualquier resto de determinación material de los procesos de constitución de sujetos (Piva 2011), acá basta con plantear que, en la explicación de los populismos latinoamericanos, difícilmente pueda prescindirse de alguna caracterización de los grupos sociales cuyas demandas resultan políticamente incorporadas, lo que es especialmente cierto en el caso del peronismo. El modo de interpelación del sujeto político, la división dicotómica de un campo social fracturado internamente por su antagonismo, etc., serán, sin embargo, recuperados en el análisis del modo de incorporación política. Aunque allí no puede encontrarse la especificidad de los populismos latinoamericanos. Dicha tarea exige una recuperación de la tradición clásica de análisis del populismo latinoamericano. Aquí, aunque nos referiremos al fenómeno general, nos detendremos en el caso del peronismo.

El estudio clásico de Germani (1977; 1977b; 2003) se inscribió en las denominadas teorías de la modernización.³ Lo determinante en dicho análisis era el desfase entre la intensa movilización social, provocada por el pasaje acelerado de la sociedad tradicional a la sociedad de masas, y la capacidad de integración de las instituciones políticas. Lo que habría faltado en el proceso de modernización latinoamericano es la correspondencia entre la movilización gradual de porciones crecientes de la población y la aparición de múltiples mecanismos de integración. Desde otras perspectivas el populismo, con importantes diferencias y no siempre representando su problema central, aparece como un fenómeno de alianza de clases que incluye de modo subordinado a la clase obrera (Cardoso y Faletto 1992; O'Donnell 1972; 1996; Murmis y Portantiero 1984; Portantiero 1973; 1977). Como substrato de dicha alianza subrayan el vínculo entre populismo y políticas orientadas a la industrialización y a la expansión del mercado interno centrada en el crecimiento del consumo. Carlos Vilas hace de la orientación hacia un

² Un ejemplo de ello en Bartra (2007)

³ Esta corriente incluye otros autores también importantes como Di Tella y Stein (Di Tella 1977; Stein 1980). Aquí nos concentramos en Germani por la importancia de su trabajo y porque brindó el marco teórico fundamental para el abordaje en clave funcionalista del populismo latinoamericano.

modo de acumulación basado en la expansión del consumo interno el rasgo definitorio del populismo latinoamericano (Vilas 1988) aunque en un trabajo posterior subraya la afirmación de que esta constituye el fundamento de una incorporación política de las clases populares (Vilas 1994). Por último, y sin pretender agotar la variada producción sobre el tema, Touraine (1987) prefirió hablar de “políticas nacional populares” para referir al populismo latinoamericano. El populismo abarcaría, según Touraine, todas las formas anti elitistas de control del cambio social y las políticas nacional-populares en Latinoamérica se especificarían por la articulación de tres temas: la independencia nacional, la integración política y la participación popular.

El trabajo de Touraine es particularmente interesante para nuestro objetivo porque señala un conjunto de características de dichas políticas nacional-populares que permitirán, más adelante, contrastar aspectos del neo populismo kirchnerista respecto del populismo peronista, tal como fue representado por la tradición clásica. Permítasenos, entonces, dedicarle algo más de atención que a los otros autores mencionados. La cuestión central, según Touraine, en torno a la que se anudan los temas que caracterizan a esas políticas es la incorporación de fuerzas y demandas sociales al proyecto nacional del Estado. Sin embargo, la heterogeneidad de sus componentes tiene importantes consecuencias para los movimientos, partidos y estados definidos como nacional-populares. En primer término, los populismos no pueden mantener la unidad de sus componentes fuera de la intervención personal y permanente del líder. Esto los vuelve inestables y con tendencia a la descomposición. En segundo término, a la heterogeneidad de sus bases sociales se agrega la dualidad propia de políticas que se plantean como cuestionadoras de la dominación social y, al mismo tiempo, tienen como objetivo la integración nacional en los marcos del desarrollo capitalista. Ello conduce a una dualidad entre fines – caracterizados por la expresividad, el voluntarismo y la ausencia de programas y estrategias definidos - y medios absolutamente flexibles. En tercer término, las políticas nacional-populares se caracterizan por producir una fuerte dualización social entre el sujeto popular y un enemigo impersonal y todo poderoso, indispensable para la unidad interna de componentes heterogéneos que determinan la vaguedad ideológica de dichas políticas. El discurso populista tiende a oponer pueblo y anti pueblo, patria y anti patria, etc. En cuarto término, las políticas económicas basadas en la expansión del consumo interno tienden a reducir la capacidad de inversión, lo que dificulta la compatibilización de los objetivos opuestos de legitimación de las fuerzas que dirigen el crecimiento y de cuestionamiento de la dominación social. En quinto término, se caracterizan por la confusión permanente de reforma y revolución que tiene dos fuentes: por un lado, la dualidad de objetivos antes dicha de cuestionamiento de la dominación social e integración nacional en los marcos del desarrollo capitalista, por otro lado, una concepción instrumental del estado que es al mismo tiempo que potencial instrumento de liberación, instrumento de opresión en manos de la oligarquía, etc. En sexto lugar, los sujetos de las políticas nacional-populares no son sujetos clasistas sino síntesis o mixturas de diversos niveles y orientaciones sociales, síntesis constituidas a un nivel específicamente político. Los movimientos o partidos nacional-populares pueden tener un contenido de clase pero no son formas clasistas. En séptimo lugar, el modo de incorporación política de sujetos populares de las políticas nacional-populares se caracteriza por una lógica de la participación en oposición a una lógica de la representación.

Fuera de la amplia diversidad de enfoques un aspecto destaca en todos ellos: los populismos latinoamericanos como modos de la incorporación política de fuerzas y demandas populares previamente excluidas en contextos de transformaciones sociales aceleradas y de lo que podemos denominar crisis de hegemonía.

Pero ya para Germani el peronismo aparecía como un “caso anómalo” de populismo. Es decir, que el peronismo participaba de un doble desvío: el desvío del tipo de modernización de América Latina respecto del camino seguido por el mundo desarrollado y el desvío respecto del tipo latinoamericano. Esta última anomalía se basaba en dos diferencias fundamentales. En

primer lugar, que en Argentina el proceso de movilización abarcaba ya a la totalidad de la población, a diferencia de otros casos latinoamericanos donde porciones considerables de la comunidad nacional se encontraban aun fuera de los procesos políticos.⁴ En segundo lugar, que el actor movilizado y que demandaba su incorporación política era la clase obrera. Esta segunda anomalía era la que más desafiaba los esquemas de la teoría de la modernización y los patrones funcionalistas de comprensión del comportamiento político de los trabajadores. Desde esta perspectiva el comportamiento obrero, su adhesión al peronismo, resultaba irracional. La división entre obreros viejos y obreros nuevos permitía a la vez que comprender la anomalía otorgar cierta racionalidad, al menos parcial, a la acción de los trabajadores en contraste con las clases medias europeas que adhirieron al fascismo. Permitía comprender la anomalía que significaba su incorporación política por vía autoritaria en la medida que el desvío, y con él una cierta dosis de irracionalidad, podía ser atribuido a la anomia creada en el mundo popular por el paso acelerado del mundo tradicional/rural al urbano/ industrial en condiciones de exclusión política y de debilidad de los sindicatos para incorporarlos. Permitía atribuir cierta dosis de racionalidad a su acción en la medida que el reconocimiento político de los trabajadores y de sus organizaciones sindicales y la mayor participación en sus lugares de trabajo formaban parte de sus “intereses reales”.

Desde fines de los años '60 varios trabajos cuestionaron el rol de la distinción entre obreros viejos y obreros nuevos en los orígenes del peronismo (véase, entre otros, Kenworthy 1973; 1975; Smith 1972; 1974; Halperin Donghi 1975).⁵ En este sentido, es harto conocida la crítica de Murmis y Portantiero (1984). Ella se fundó en el papel jugado por las viejas direcciones sindicales y en la común experiencia de exclusión y acumulación de demandas insatisfechas de ambos grupos de trabajadores durante la década previa.⁶

Juan Carlos Torre avanzó en una nueva síntesis al incorporar a los avances en la comprensión de los orígenes del peronismo que significó el trabajo de Murmis y Portantiero, la dimensión de la incorporación política presente en Germani (Torre 1989; 1990). La emergencia del peronismo sería la de un movimiento social mixto en el que coexisten tanto la dimensión de la modernización y la integración política, como las relaciones de clase y los conflictos en el campo del trabajo. Se produjo en un contexto en el cual la industrialización era un proceso avanzado y en el que la emergencia de los conflictos de clase chocaba con un orden conservador que reforzaba el despotismo tradicional en los lugares de trabajo. Simultáneamente, las demandas de participación de obreros viejos y nuevos, que crecían al ritmo de la expansión de la ocupación urbana y de su integración en el mercado de trabajo, chocaban con un orden político excluyente. El golpe militar de junio de 1943 y la política del entonces coronel Perón, aun yendo más allá de lo inicialmente planeado, removió los obstáculos institucionales a la constitución de la acción de los trabajadores como clase y desató un proceso de movilización social que combinó las demandas propiamente laborales con demandas de participación. Ello opone al sujeto constituido con la emergencia del peronismo - cuya homogeneidad, consistencia como clase y grado de organización le dieron una fuerza propia que le permitió subsistir al derrocamiento del régimen peronista en 1955 - a los de otras experiencias populistas latinoamericanas mucho más heterogéneos y, por lo tanto, dependientes de la existencia de un agente externo que les otorgara unidad (líder, movimiento o estado).

⁴ En términos de Germani esto planteaba en Argentina el problema de la construcción de una democracia representativa de participación total.

⁵ Aquí recuperamos el trabajo de Murmis y Portantiero por su centralidad en el debate posterior.

⁶ Ello suponía dotar de racionalidad a la adhesión de los trabajadores al peronismo. Sobre el nexo histórico entre la maduración de ciertas tendencias en el movimiento obrero y la emergencia del peronismo ver los ya clásico trabajos de Hugo del Campo y Hiroshi Matsushita (Del Campo 1983; Matsushita 1983).

Más allá de ciertas diferencias, algunas de las cuales se harán evidentes en nuestro análisis posterior, el trabajo de Torre tiene varios puntos fuertes que lo transforman en un sólido punto de partida para nuestro problema y del que podemos – a través de un análisis crítico- extraer una serie de conclusiones. En primer lugar, pone de manifiesto el carácter central del peronismo: la incorporación política de los trabajadores que es, simultáneamente, su constitución como clase a nivel político.⁷ En la medida que su participación política se realiza mediante la asunción de una identidad común peronista ambos fenómenos son inseparables. En ese sentido, si bien la separación que hace Torre entre lucha de clases y demanda de participación parece reproducir una separación entre lo económico – nivel exclusivo de la confrontación clasista – de lo político – problema de la ciudadanía – aun allí se esconde un elemento valioso para comprender el fenómeno peronista. Efectivamente, el proceso de formación de clase durante los 30 o 40 años anteriores a la emergencia del peronismo, pero en particular durante el acelerado proceso de concentración y crecimiento numérico de los trabajadores de los años '30, había encontrado un límite en la constitución de las luchas a nivel económico. Al mismo tiempo, los trabajadores eran impulsados más allá del nivel exclusivamente económico corporativo. El límite impuesto a la actividad propiamente sindical empujaba el conflicto a nivel político – como en la huelga general de la construcción de 1936 – y el orden político adoptaba con la marcha del proceso de industrialización un carácter cada vez más marcado de exclusión de la masa de los trabajadores, es decir, un carácter marcadamente clasista. Efectivamente, entonces, la intervención externa del golpe militar liberó las barreras que se oponían a la unificación política de los trabajadores como clase. En ese sentido, la intervención externa supone tanto una ruptura como una continuidad. La continuidad de un proceso de formación de clase – la que resulta incorporada en términos histórico concretos es la clase obrera que hasta cierto punto debe ser presupuesta a la emergencia del peronismo – y la ruptura que implica la supresión de las barreras a su constitución como sujeto a nivel político, mediante su participación subordinada en un movimiento de carácter popular. Sin embargo, su incorporación como clase obrera le da simultáneamente al peronismo un carácter policlasista, y no “no clasista” como el de otros movimientos nacional - populares.

También resulta necesario recuperar la dimensión nacional del peronismo.⁸ La “nacionalización” de la clase obrera, su constitución como clase “nacional” y la identidad pueblo – nación, es un elemento central de la conformación de la ideología peronista. Es lo que le permitió “desplazar” permanentemente el antagonismo latente en sus orígenes policlasistas a la oposición pueblo-oligarquía como equivalente de patria-antipatria. Este es el significado último del vínculo establecido por Germani entre anti elitismo y nacionalismo.

Sin embargo, todos estos trabajos subestimaron el rol de otros modos de intermediación política preexistentes en algunos casos al peronismo y novedosos otros. Trabajos más recientes han destacado el papel de los mecanismos “clientelares” en la incorporación política de los “sectores populares”, los que se han puesto especialmente de manifiesto con los procesos de “desproletarización subjetiva” a los que nos referiremos enseguida (Merklen 2010; Auyero 2001; Palermo y Novaro 1996; Levitsky 2005). Como fueron subestimadas, también, las organizaciones de base territorial. Ambos tuvieron un papel subordinado en el peronismo clásico de base sindical, pero serían crecientemente importantes desde 1983 cuando el peronismo accediera al ejercicio continuo del poder estatal, del que fuera excluido entre 1955 y 1983, con excepción del corto interregno 1973-1976.

⁷ Consideramos que otros aspectos, como el de una política industrializadora y el de una orientación mercado internista de esa industria, si bien son importantes en las definiciones del primer peronismo, no resultan determinantes de la oposición peronismo – antiperonismo. Véase, por ejemplo, el papel del “estructuralismo económico” en los gobiernos post 1955.

⁸ Torre cuestiona el uso del término “nacional popular”, más afín a casos en los cuales la urbanización “excede” a la industrialización dando lugar a una masa popular heterogénea, y prefiere denominar al peronismo como “popular obrero”.

Las marcas del populismo como condición del neopopulismo

Los problemas que enfrentamos a la hora de analizar los gobiernos y regímenes surgidos del ciclo de rebeliones contra el neoliberalismo en Sudamérica, precedidos de transformaciones aceleradas de las estructuras sociales y de los estados nacionales, nos acercan mucho más a las preguntas que se hiciera Gino Germani que a las que debieron responder sus críticos.

Esto no significa recaer en enfoques evolucionistas ni en juicios a priori sobre la naturaleza autoritaria de los populismos. Pero la cuestión central del abordaje de Gino Germani, la relación entre movilización social e integración política parece estar nuevamente en el centro de los problemas a resolver.

Retomemos las conclusiones del apartado anterior. El núcleo del fenómeno populista en América Latina es la incorporación política de grupos sociales movilizados y políticamente excluidos, en contextos de transformaciones aceleradas y de crisis de hegemonía. Lo específico del peronismo fue que ese proceso de incorporación política fue el de la clase obrera sindicalmente organizada. Su unificación política como clase fue parte de un fenómeno más general: incorporación y unificación política son procesos simultáneos en todos los movimientos, partidos y estados nacional-populares del periodo clásico. Es decir, que el proceso de incorporación política de sujetos populares clasistas o no clasistas, según el caso abordado, en la medida que supuso su propia constitución como tales no pudo sino dejar marcas en sus modos de pensar, sentir y actuar, por lo tanto, en el modo de sus respuestas ante nuevos fenómenos de crisis y en el modo de sus propias crisis. En nuestro caso, el modo de incorporación política de los trabajadores bajo el peronismo dejaría su marca en las prácticas y en las orientaciones de clase.

Por otra parte, dicho modo de incorporación política reflejó la crisis de hegemonía. La incorporación política populista de las “masas disponibles”, en el lenguaje de Germani, no fue su institucionalización sino, por el contrario, la manifestación política de la imposibilidad de su institucionalización. Esto se reflejó en el análisis del peronismo clásico y de la dinámica de la lucha de clases en Argentina hasta 1976 en conceptos como “empate hegemónico” (Portantiero 1973; 1977) o como “alianza de clases defensiva” (O'Donnell 1996). Ambos daban cuenta de un “exceso” de movilización respecto de la capacidad de internalización de las contradicciones sociales del régimen político. La “división dicotómica del campo social” y el desplazamiento del antagonismo interno al movimiento nacional-popular hacia una oposición patria-anti patria es también parte de este fenómeno. Volveremos sobre este punto en el análisis del kirchnerismo, en particular respecto de la cuestión de la hegemonía.

Movilización y desmovilización

En términos de Germani, la movilización social es definida como “el “exceso” (en grado, alcance o forma) de la participación de un grupo en relación con el nivel considerado normal por la vieja sociedad” (Germani 2003: 50). Es decir, Germani intenta captar en su tipicidad un proceso de activación social y política de amplios grupos sociales respecto de una determinada capacidad de integración institucional. Sin embargo, el término “exceso” supone que la relación entre movilización social e integración política debe ser vista en términos relativos. En este sentido, y aunque exceda los límites de su definición, la reducción de las capacidades institucionales del estado y del sistema político para incorporar demandas democráticas (para utilizar el término de Laclau) puede producir el mismo efecto en relación a un nivel de

participación dada. Esta relación de carácter “casi físico” para tomar la expresión de Torre (Torre 1989: 536), sólo se torna productiva en términos explicativos cuando se capta el nexo interno entre ambos fenómenos aparentemente exteriores.

Para ello es útil profundizar en la concepción de Germani de “movilización”, que difiere del uso habitual que la reduce a su manifestación externa: el conflicto y la protesta.

Aquí nos referiremos con “movilización” a la movilización política, algo que usualmente, como en el párrafo que sigue, hace el mismo Germani.⁹ En un viejo trabajo, Germani decía:

“movilización” corresponde al proceso psico sociológico, en cuyo transcurso grupos hundidos en la “pasividad” del *pattern* tradicional (predominio de la *acción prescriptiva*, a causa del cumplimiento de normas interiorizadas) adquieren cierta capacidad de comportamiento deliberativo; alcanzan unos grados de aspiración diferentes de los fijados en el *pattern* antiguo y, por consiguiente, manifiestan cierta actividad en el terreno político. En lo sucesivo, estos grupos intervienen en la vida nacional y su intervención puede manifestarse en formas muy diversas: movimientos espontáneos de protesta, explosiones abiertamente revolucionarias, movimientos religiosos, actividades políticas dentro de los partidos, participación en las elecciones, etc. (Germani 1977b: 20-21).

En el mismo texto señala otros usos del concepto de movilización social que buscan aclarar su sentido: “aumento de la comunicación” según Deutsch, “una capacidad de identificación” según Lerner (Germani 1977b: pág. 20). Es decir, los cambios en los patrones sociales de comportamiento individual (paso de la acción prescriptiva a la acción electiva) aparecen como indisociables de un proceso de agregación colectiva. Yendo probablemente más allá de Germani, afirmaremos que el proceso de “movilización” es simultáneamente un proceso de formación de un sujeto colectivo.¹⁰ Los años '30 en Argentina no dejan dudas respecto de qué sujeto: la clase obrera. Pero ¿qué es lo que ocurre en los años '90? Todos los estudios sobre la evolución y las características de conflictos y protestas en la Argentina del período, más allá de sus diferencias, muestran un proceso de “desmovilización” de la clase obrera. Insistimos, no se trata acá de fluctuaciones coyunturales de la cantidad de conflictos y protestas. Se trata de un proceso de “desmovilización” que refiere a lo que en otro lugar denominamos un proceso de desorganización de clase y de desproletarización subjetiva (Piva 2011). La “movilización” y la “desmovilización”, en este sentido, no son fenómenos que le ocurren a un sujeto que les subsiste, son procesos de organización y desorganización, de formación y disolución de sujetos colectivos.

Desde esta perspectiva, el proceso de formación de clase no es algo que sucede de una vez y para siempre, se produce y se reproduce, entra en crisis, se vuelve a producir... o no. Tampoco ambos procesos presuponen un vínculo mecánico entre factores “económico – demográficos” y fenómenos “socio – políticos”. Los años '90 en Argentina, lejos de ciertas imágenes recurrentes, fueron años de una profunda proletarización en términos objetivos, tanto en números absolutos como en términos relativos (Donaire, Rosati 2009; Piva 2011). La “desmovilización” de la clase obrera argentina en los '90 fue la otra cara de la ofensiva neoliberal del capital contra el trabajo.

⁹ Germani parece referir por momentos a la movilización sin expresión política como a una movilización “coartada en su fin”: “Ha sido reconocido por largo tiempo, tanto por políticos como por científicos políticos, que un grupo movilizado o en movilización puede ser neutralizado o desviado de su expresión política directa por medio de la provisión de salidas alternativas” (Germani 2003: 60).

¹⁰ Este vínculo entre “movilización” y constitución de sujetos políticos fue señalado por Germán Pérez, quien, además, ve en la “invasión de roles”, propia de los procesos de “movilización” tal como los conceptualiza Germani, su rasgo específicamente político: la subversión de una estructura de distribución del poder preexistente (Pérez 2007).

Una década de transformaciones aceleradas

El neoliberalismo, más allá de sus especificidades en diferentes países y regiones, fue, ante todo, una ofensiva radical del capital contra el trabajo. De modo general, las políticas neoliberales buscaron reconstituir la rentabilidad empresarial y, por lo tanto, la inversión y el crecimiento económico a través de un ataque a los salarios y a las condiciones de trabajo del conjunto de los asalariados. Su rasgo específico fue el disciplinamiento de los trabajadores por medio de la combinación de políticas monetarias restrictivas, reducción o contención del gasto público, desregulación de los mercados y apertura externa comercial y financiera. Este paquete de políticas provocó un aumento de la presión competitiva sobre los capitales individuales que, para sobrevivir, debieron reorganizar sus procesos de trabajo, incorporar nuevas tecnologías, bajar costos laborales, extender e intensificar las jornadas de trabajo y despedir trabajadores. A su vez, la implementación de las nuevas políticas exigía una transformación del estado y sus funciones.

En Argentina, la transición hacia políticas de corte neoliberal se inició con la dictadura militar en 1976 y su pleno desarrollo a partir de julio de 1989 transformó profundamente el capitalismo argentino. Aquí nos interesa señalar dos aspectos de dicha transformación.¹¹

El proceso de restructuración capitalista, en primer lugar, condujo desde un modo de acumulación fundado en la relativa separación del espacio nacional de valor respecto del mercado mundial y en una orientación predominantemente mercado internista del sector industrial hacia un nuevo modo de acumulación centrado en la exportación de productos industriales, agroindustriales y agropecuarios de bajo valor agregado, con un ritmo de acumulación dependiente de la inversión extranjera directa y de los flujos internacionales de capital dinero y cuyo resultado fue una creciente interpenetración del capital nacional y extranjero y una tendencia a la internacionalización de la propiedad del capital local.

En segundo lugar, dicha transformación se desarrolló sobre la base de una profunda alteración de las relaciones de fuerza entre las clases consolidada por las nuevas condiciones económico-políticas. La creación de una sólida unidad al interior de la clase dominante en torno al nuevo modo de acumulación – que incluyó a la gran burguesía industrial y agraria – supuso la derrota de las fracciones mercado internistas de la burguesía industrial, inseparable de la derrota de la clase obrera cuya estrategia se basó en la defensa del viejo patrón de acumulación. A su vez, la dependencia de los flujos de capital, la interpenetración de capital nacional y extranjero y la internacionalización del capital local dieron fundamento duradero a una comunidad de intereses entre capital local y transnacional surgida en la coyuntura de la crisis hiperinflacionaria. Frente a este bloque en el poder unificado de la burguesía, la clase obrera emergía del proceso fragmentada y debilitada. Se invertía, así, la dinámica que había dominado el enfrentamiento social hasta mediados de los años ‘70.

Desmovilización, resistencia e integración

La primera hipótesis que queremos sugerir es que la capacidad de integración política durante el período menemista se basó en una fuerte desmovilización de la clase obrera. Ello es lo que hizo posible la construcción de una hegemonía aun en un contexto en el que las restricciones impuestas por el modo de acumulación a las políticas del Estado limitaban su capacidad de respuesta a un potencial incremento de las demandas sociales. Es en este contexto que el incremento de la movilización social desde 1996, y fundamentalmente en el año 2001, determinó una crisis de hegemonía.

¹¹ Para un análisis de la modalidad y de los alcances de la restructuración del capital y del estado en la Argentina entre 1989 y 2001 ver (Bonnet 2008 y Piva 2012).

En términos cuantitativos, la desmovilización obrera se expresó en la disminución del peso de las luchas protagonizadas por organizaciones obreras y en el aumento de los conflictos articulados por identidades constituidas fuera del campo de las identificaciones clasistas (“vecinos”, usuarios, ahorristas, estudiantes, etc.).¹² Esta disminución del espacio social ocupado por la lucha de clases fue simultánea con un proceso de proletarianización en términos objetivos, esto es, del número y la proporción de asalariados como “clase económica”. Es decir, se trató de un proceso de desorganización de la acción de clase y no de “desproletarianización objetiva”.

El proceso por el cual una parte considerable de los trabajadores ha tendido a manifestarse como parte de las multitudes de pobres o de la masa indiferenciada de ciudadanos equivalió a una “desproletarianización subjetiva”. Los asalariados reaccionaron frente a la crisis y el estado pero no lo hicieron mayoritariamente en tanto “obreros”. Sin embargo, ante la pérdida de peso del conflicto obrero, la difusión de nuevas identidades en lucha no dio lugar a la estabilización de alguna de las identificaciones que compitiera por el centro del conflicto con la lucha obrera. El resultado del proceso de desmovilización obrera fue, por lo tanto, la desagregación de la acción colectiva.

El proceso de movilización del año 2001 expresó las transformaciones ocurridas en la estructura social argentina. Desde este punto de vista, es importante destacar tres aspectos de dicho proceso de movilización.

En primer lugar, expresó el proceso de desagregación de la acción colectiva que supuso la desmovilización de la clase obrera durante los años ‘90. Todos los grupos sociales subalternos participaron del ciclo de protestas iniciado a principios de diciembre, pero no del mismo modo ni con la misma intensidad. En particular, los obreros ocupados mantuvieron mayoritariamente su repliegue. No se produjo una articulación de las demandas y de las protestas, sino una yuxtaposición, fundamentalmente temporal, de formas de protestas y demandas muy diversas en las que predominó la espontaneidad y la ausencia de organización de los manifestantes. Estos rasgos determinaron el carácter predominantemente negativo de las demandas, condensado por el “que se vayan todos”, del cacerolazo del 19, y la capacidad de bloqueo de la vía deflacionaria de salida de la crisis sin que, al mismo tiempo, el conjunto de los grupos sociales movilizados articulara alguna alternativa. Las limitaciones de la movilización popular dan cuenta del proceso de desagregación de la protesta pero, por ello mismo, también de la reducida capacidad de integración política, si consideramos el grado de la crisis política.

En segundo lugar, expresó el estrecho vínculo entre reestructuración capitalista y crisis política. El régimen de convertibilidad monetaria imponía, como única respuesta a la crisis, la vía deflacionaria y obligaba al estado a producir un ajuste fiscal con el doble propósito de aliviar el déficit e inducir mecanismos deflacionarios. Sin embargo, la deflación sólo era posible a través de una gran caída del consumo, de la inversión y, como consecuencia inevitable, de una agudización de las tendencias a la centralización de capitales y a la expropiación y el empobrecimiento de los pequeños propietarios. Asimismo, la restricción monetaria desmonetizaba la economía informal afectando especialmente a los sectores más empobrecidos. La legitimación de esas políticas, lejos de estar asegurada, obligaba al estado a responder a una serie de demandas acumulativas centradas en las consecuencias del modo de acumulación.

¹² Una parte considerable de estas identidades corresponden a grupos sociales identificados como “Sectores medios”. Esta no es una categoría de clase sino sociocultural. Incluye a la pequeña burguesía tradicional (pequeños propietarios no liberados del trabajo) y dos conjuntos de asalariados: las llamadas “nuevas clases medias” (i.e. mandos medios) y “asalariados puros” asimilados por sus prácticas y representaciones a la pequeña burguesía. Pero la desorganización de la acción de clase supuso también la acción de los trabajadores como parte de los heterogéneos “sectores populares” (Ver infra nota 14).

En términos puramente económicos, era teóricamente factible la salida deflacionaria de la crisis. La crisis de 2001 fue, entonces, centralmente una crisis política. El bloqueo de la vía deflacionaria y la crisis consecuente, significaron el estallido de la contradicción entre necesidades del proceso de valorización y sus necesidades de legitimación. La amenaza hiperinflacionaria, la fragmentación de la clase obrera y el alto desempleo, que permitieron el cierre de esta contradicción a lo largo del período abierto en 1989, perdieron eficacia, fundamentalmente, entre fracciones de los “sectores medios”, los desocupados organizados y los sectores más pauperizados. Para estos grupos sociales, sometidos por la crisis a acelerados procesos de disolución social y de proletarización y pauperización que amenazaban su reproducción social, la disolución hiperinflacionaria ya no constituía una amenaza. La gran masa de los trabajadores ocupados, por el contrario, permaneció atrapada entre la fragmentación de sus luchas y la amenaza del desempleo.

En tercer lugar, las acciones “espontáneas” de pobres “saqueadores” y “caceroleros” de sectores medios fueron posibilitadas por modos de intervención aprendidos en el tiempo, originados y desarrollados en los marcos de los modos de incorporación política que les eran característicos a ambos grupos: la mediación de la estructura de lazos clientelares en los sectores más empobrecidos y la movilización ciudadana de los sectores medios. Pusieron de manifiesto, por lo tanto, la crisis de esos mecanismos de mediación política. El impacto de la crisis fiscal sobre el aparato clientelar peronista del Gran Buenos Aires es central para entender su papel en el inicio de los saqueos, en un contexto de creciente dificultad para canalizar las demandas de los sectores empobrecidos. En el caso de los “sectores medios”, el “cacerolazo”, en un principio desarrollado en los marcos de la representación de partidos políticos (UCR y FREPASO), se transformó en la noche del 19 en una movilización de los ciudadanos contra sus representantes, es decir, en expresión de la crisis de representación. Lazos clientelares y movilización ciudadana daban cuenta, además, de la pérdida de peso de la acción sindical y de clase en general, durante los años ’90.

El Kirchnerismo como neopopulismo

No podemos detenernos en las transformaciones que originó en el peronismo el fin del modo de acumulación sustitutivo de importaciones y orientado al mercado interno, ni tampoco en el papel que jugó la identidad peronista en la legitimación del proceso de restructuración del capital y del estado.¹³ Bastará decir que la apelación a la identidad peronista y la movilización electoral de su base popular durante el ciclo menemista fue posible en la medida que ella se encontraba incorporada en los modos de sentir, pensar y actuar de trabajadores y “sectores populares”.¹⁴ Sin embargo, ello no alcanza para caracterizar al menemismo como populismo, la movilización de los símbolos y los gestos del “estilo político” populista no son suficientes. Faltó el elemento central de los gobiernos populistas latinoamericanos: la incorporación política de demandas democráticas y su articulación como “pueblo” frente al “anti pueblo”.

Pero antes de mostrar en qué medida es posible considerar al kirchnerismo como neopopulismo es necesario hacer una precisión. Utilizamos en el párrafo anterior una dimensión crucial de la concepción de populismo de Laclau. Sin embargo, su carácter puramente formal impide de

¹³ Sobre los cambios en el peronismo ver Palermo y Novaro (1996), Levitzky (2005) y Sidicaro (2002). Hemos tratado esta cuestión retomando críticamente a dichos autores en Piva (2012).

¹⁴ La categoría “sectores populares” es utilizada aquí para denotar que sólo una parte de la clase obrera, definida objetivamente, actúa como clase. Otra parte de ella se presenta con identidades ligadas a prácticas, sentidos de pertenencia y modalidades de incorporación política de carácter territorial. Ambos conjuntos son abarcados por la expresión “sectores populares” en una tradición que, por lo general, se ha opuesto a la categoría marxista de clase. Otra parte de la clase obrera actúa bajo el modo indiferenciado de “sectores medios”, ver supra nota 12. Para una discusión del concepto marxista de clase como relación social objetiva y como proceso de formación de clase en las luchas ver (Piva 2008).

nuevo hacer distinciones fundamentales. La absorción de demandas democráticas en una cadena equivalencial y su transformación en demandas populares no permite distinguir la inclusión política de masas excluidas en situaciones como la de la emergencia del peronismo en Argentina, el cardenismo en México, el varguismo en Brasil, etc. de otras como el ascenso del kirchnerismo en Argentina en 2001. La pregunta es ¿puede ser equivalente la incorporación a la vida política de un país de masas antes excluidas (caso al que refiere Germani) a la recomposición posterior del consenso por la vía populista de incorporación de demandas insatisfechas en situaciones de crisis política? Para expresarlo más claramente, nos referimos a una distinción entre la que sería una “incorporación primigenia”, que determina a través del modo de incorporación aspectos fundamentales de las prácticas políticas de las masas populares durante largos períodos, y otras secundarias que reproducen, resignifican y modifican la primera. Es en este sentido que referimos a diversos gobiernos sudamericanos surgidos de la rebelión contra el neoliberalismo como neo populismos.

El kirchnerismo como “neo populismo” tiene mucho de repetición y de farsa pero también de innovación y de evidencia de la permanencia de imaginarios y prácticas profundamente enraizados en los trabajadores argentinos y también en porciones importantes de los “sectores medios”, de fuerte tradición anti populista.

Kirchnerismo y recomposición del consenso

Los primeros dos años del gobierno de Nestor Kirchner, 2003-2005, fueron centralmente años de reconstrucción del consenso y del poder de estado. El gobierno de Cristina Kirchner fue también capaz de recomponerlos después de la crisis desatada por el conflicto con la burguesía agraria de 2008 y de la pérdida de apoyo electoral en 2009. En ambos casos, una lógica de satisfacción gradual de demandas basada en una agenda que retomó, selectivamente, y resignificó reivindicaciones democráticas y populares forjadas desde la resistencia al neoliberalismo en los años noventa le permitió galvanizar el consenso y polarizar el espacio político identificando con la derecha y la vuelta al pasado al grueso de la oposición. Aquí enfatizaremos en tres dimensiones de la lógica kirchnerista de recomposición del consenso que reflejan sus rasgos neo populistas.¹⁵

La primera, y central, dimensión de la lógica kirchnerista de recomposición del consenso es que se ha apoyado en la incorporación de demandas de grupos sociales movilizadas.

Ello fue particularmente visible durante el primer período en los que la reconstrucción del poder de estado y la normalización del conflicto social se desarrollaron sobre la base de la incorporación de demandas de los sectores movilizadas desde 1996 y, en particular, desde el año 2001. Especialmente significativo fue el giro en la política hacia las organizaciones de desocupados, que comenzaron a ser recibidas por las autoridades del poder ejecutivo, e incluso por el propio presidente. Este reconocimiento de las organizaciones de desocupados y de sus demandas se dio simultáneamente con la delimitación del campo de acción reconocido como legítimo. En este sentido, el gobierno tuvo éxito en aislar a los denominados “piqueteros duros” y en deslegitimar sus métodos de protesta. Algo similar ocurrió con los trabajadores ocupados. Se reconoció como interlocutores legítimos a los sindicalistas disidentes que lideraron las protestas contra el menemismo, en particular a la CGT conducida por Hugo Moyano, y se restituyeron las paritarias. Esto significó un retorno parcial al viejo vínculo funcional entre sindicatos y estado centrado en la lucha salarial, que bloqueado durante los años de la convertibilidad había dejado su lugar a una estrategia neo participacionista. Dicho retorno se dio en el marco de una recuperación de la acción sindical de los trabajadores y del peso político de

¹⁵ Dejamos de lado el muy importante aspecto del discurso político del kirchnerismo y del primer peronismo. Su especificidad y la amplia bibliografía disponible exigen un tratamiento aparte.

los sindicatos y de la disminución del desempleo y la recuperación del salario real. Nuevamente en este caso, el conflicto salarial pudo ser contenido dentro de los límites establecidos por el gobierno (Piva 2012b). Aunque el fortalecimiento de las capacidades de acción colectiva de los trabajadores dio lugar a un importante aumento del conflicto obrero y muchas de las medidas se destacaron por su duración, radicalidad y por ser desarrolladas a niveles descentralizados – frecuentemente a nivel de empresas – el gobierno, lejos de debilitarse, se fortaleció canalizando el conflicto a través de una estrategia de satisfacción gradual de demandas.¹⁶ Aunque de un modo más indirecto, también fue parte de este proceso la ampliación de la cobertura previsional a quienes fueron afectados por largos períodos de desempleo y por el crecimiento del trabajo en negro. La política de recuperación de demandas de los sectores movilizadas desde 1996 y particularmente en 2001 y 2002 abarcó entre 2003 y 2005 a los “sectores medios urbanos”. La devolución con pérdidas moderadas de los ahorros “acorrallados”, los cambios en la Corte Suprema de Justicia, la política de derechos humanos, etc. son una muestra de demandas sensibles para parte de estos grupos.

Una estrategia similar, y nuevamente exitosa, se desarrolló después de la denominada “crisis del campo” de 2008, de la pérdida de consenso subsiguiente y de la caída del apoyo electoral de 2009. Luego de las elecciones el gobierno retomó la iniciativa con una agenda democrática orientada fundamentalmente a captar el apoyo de fracciones de los “sectores medios”. Fueron centrales la nueva ley de medios de comunicación, que remplazaba a la vieja ley de la dictadura y retomaba un documento elaborado tiempo atrás por la “Coalición por una radiodifusión democrática”¹⁷ y la “ley de matrimonio igualitario” que era impulsada por organizaciones LGTTB. La estrategia de recuperación de demandas incluyó a las fracciones más pauperizadas de la clase obrera con la implementación de la Asignación Universal por Hijo, que retomaba proyectos de naturaleza similar impulsados por la Central de Trabajadores Argentinos y partidos de la oposición desde 2001, y de los planes de cooperativas “Argentina Trabaja”. Estas medidas complementaban otras tomadas durante 2008 más ligadas a reivindicaciones del sector sindical: la estatización de las AFJP y de Aerolíneas Argentinas.¹⁸

La segunda dimensión de la estrategia kirchnerista de recomposición del consenso que nos interesa recuperar es la escasa o nula separación entre la integración política de demandas de grupos sociales movilizadas y la incorporación de parte de las organizaciones de esos grupos a la coalición política del partido de gobierno. Este aspecto ha ocupado un lugar secundario en los análisis del primer peronismo (ver Germani 2003: cap. 6). Aquí también ocupa un lugar subordinado en relación a la primera dimensión y a la tercera que trataremos en seguida. Sin embargo, resulta importante a la hora de evaluar los límites a la institucionalización de los movimientos sociales y a la canalización estatal de los conflictos sociales común a los populismos y neo populismos. Particularmente ello refleja, como desarrollaremos en las conclusiones y adelantamos en párrafos anteriores, que el populismo lejos de resolver la cuestión de la hegemonía que está en su origen la difiere o pospone a través de una recomposición del consenso y del poder político que no termina de cristalizar en arreglos institucionales estables.

Dicho fenómeno refiere a algo más que al lazo político establecido entre dirigentes y/o organizaciones de los grupos sociales movilizadas y el partido de gobierno. Refiere a que el

¹⁶ Este crecimiento de la conflictividad de los ocupados y el protagonismo de las instancias sindicales descentralizadas, en especial las comisiones internas, ha sido estudiado, entre otros, por Svampa (2008), Campione (2008), Atzeni y Ghigliani (2008), Scolnik (2009) y Lengueta y Montes Cató (2009).

¹⁷ Conformada por organizaciones de DDHH, sindicatos de prensa y un amplio espectro de organizaciones sindicales y sociales.

¹⁸ La estatización de las AFJP, como veremos en el próximo apartado, está estrechamente vinculada con la necesidad del gobierno de cerrar la brecha fiscal. Sobre el carácter y los límites de las estatizaciones bajo el kirchnerismo ver (Bonnet y Piva 2012).

propio proceso de integración política de las demandas está mediado por la incorporación a la coalición política del partido de gobierno.¹⁹

Esto es claro para el caso de las organizaciones de desocupados. Hubo dos dimensiones de la llamada estrategia “ni palos ni planes” seguida respecto a los denominados “piqueteros duros”.²⁰ Un primer plano, refiere al intento de delimitar el campo de acción legítimo en una búsqueda por normalizar e institucionalizar el conflicto, lo que explica que el “garrote” no se aplicara a organizaciones no kirchneristas moderadas como el MTD Aníbal Verón o la CCC allá por 2003, 2004. Pero un segundo plano fue establecer canales de acceso diferenciales a la satisfacción de demandas por parte de aquellos grupos que adherían al kirchnerismo, buscando otorgarles un status representativo institucional que es difícilmente diferenciable de su incorporación a la coalición oficialista. Aun en la escena sindical, donde los mecanismos institucionales son más estables y legalmente regulados, la representación sindical en los órganos tripartitos como el consejo del salario, el acceso a la negociación con los funcionarios de reivindicaciones sectoriales y el reconocimiento de la representatividad a nivel de tercer grado se encuentran mediados por la incorporación a la coalición oficialista. Ello supuso que el eje de oposición kirchnerismo/antikirchnerismo sea una dimensión explicativa en términos del vínculo entre el movimiento sindical y de desocupados y el estado. Lo mismo se ha replicado en el movimiento de DDHH y de LGTTB, donde dicha oposición también se ha convertido en un eje de fractura y ha coexistido con y se ha sobreimpuesto a otros anteriores.

No se trata aquí de reintroducir el remanido tema de la cooptación. Como hemos sostenido en otros trabajos para los desocupados, pero se aplica en esencia al conjunto de los movimientos, no se trató de un mero intercambio de paz por beneficios materiales. La adhesión al kirchnerismo supuso, justamente como tratamos de mostrar en este artículo, la movilización de tradiciones políticas y simbólicas comunes fuertemente arraigadas en amplios grupos y que prexistían como divisiones en el seno del movimiento piquetero (Ver Cortes 2009 y Piva 2012c). A su vez, el kirchnerismo retomó y resignificó perspectivas de la cuestión de los DDHH y de los derechos de LGTTB que estaban presentes en los movimientos desde mucho tiempo antes y que dividían ya a esos movimientos. Por último, la tensión entre vínculo institucionalizado con el estado y mediatizado por el apoyo político al oficialismo atraviesa al sindicalismo peronista desde su conformación y ha sido crucial en la relación con distintos gobiernos, aun de signo no peronista. Tampoco se trata de negar algunos grados de institucionalización de movimientos y demandas, especialmente del conflicto obrero, tanto para ocupados como para desocupados (Piva 2012c y Bonnet y Piva 2012). Se trata, fundamentalmente, de señalar el hiato existente durante el kirchnerismo entre institucionalización e integración política de demandas populares que es propio del modo populista de incorporación política en América Latina.

La tercera dimensión que queremos destacar de la recomposición kirchnerista del consenso es la particular relación con las diversas fracciones de la burguesía que la caracteriza. Ciertas transformaciones en la política económica y en el modo de acumulación de capital, a las que referimos en el siguiente apartado, devolvieron al estado una mayor capacidad de arbitraje entre fracciones del capital. Sin embargo, dicho arbitraje en el contexto de importantes cambios en la

¹⁹ Tan sólo como ejemplos, el new deal de Roosevelt es el origen de una relación persistente entre Partido Demócrata y Sindicatos. En Europa, la relación entre movimiento sindical y partidos socialdemócratas es anterior al establecimiento de lazos de reconocimiento entre estado y sindicatos, pero en la medida que estos fueron establecidos bajo gobiernos de ese signo el lazo fue reforzado. Sin embargo, en ambos casos es discernible el arreglo institucional que permite la negociación y el acceso a demandas y recursos estatales de los lazos que vinculan a dirigentes y activistas con los partidos respectivos.

²⁰ El gobierno denominó así a la estrategia seguida frente a los grupos de desocupados que no renunciaban a las medidas radicales (cortes, ocupaciones, etc.). Indicaba la decisión de no reprimir y simultáneamente no negociar con ellos.

forma de estado (fin de la independencia del Banco Central, subordinación del ministerio de economía al área política del PE) fue rechazado como discrecional por parte de empresarios y fracciones burguesas, abiertamente por la burguesía agraria, pero en diversas oportunidades por la mayor parte de la gran burguesía, ya sea a través de declaraciones individuales o de manifestaciones de las diferentes corporaciones empresarias. La forma y el contenido de este arbitraje se hallan estrechamente vinculados a una característica crucial del populismo y del neo populismo y del peronismo clásico y del kirchnerismo: el desplazamiento del antagonismo interno entre capital y trabajo que atraviesa a dichos movimientos hacia la oposición pueblo/grupos económicos, pueblo/capital financiero, pueblo/capital extranjero, pueblo/oligarquía, etc. La construcción del sujeto “pueblo” sólo es posible por medio de esta traducción de una escisión interna en oposición externa a grupos o fracciones de capitalistas que encarnan los males del capitalismo mismo. Este aspecto ha adquirido mayor importancia después del conflicto con la burguesía agraria en 2008, que constituye un punto de inflexión y de acentuación de los rasgos neo populistas del gobierno. Volveremos sobre él en el próximo apartado.

Sin embargo, la reconstrucción del consenso y la normalización del conflicto mediante la interiorización de demandas a la que referimos antes encuentran su límite en la persistencia de indicadores de una incompleta resolución de la crisis de representación. Ya durante 2006 y 2007 se produjo un aumento de protestas cuyos sujetos (“ciudadanos”, “vecinos”, “usuarios”, “consumidores”, “ambientalistas”, y un largo etc.) expresaron en gran medida, aunque ello no agota su significado y sus protagonistas, el alejamiento del gobierno de los “sectores medios” pero con un fuerte contenido de rechazo de la política y la apelación a medidas radicales de lucha. Este movimiento confluyó con la burguesía agraria en 2008 en un cuestionamiento del estilo político del gobierno y, a pesar de cierta recomposición del consenso gubernamental entre los sectores medios después de junio de 2009, ya no dejaría de hacerse sentir a través de diversas formas de protesta.

Del mismo modo que el gobierno movilizó tradiciones y creencias inscriptas en los modos de incorporación política de los trabajadores, también la movilización de los “sectores medios” puso de manifiesto la persistencia de tradiciones anti populistas vigentes en sus formas aprendidas de intervención política. La oposición al kirchnerismo de ciertas porciones de los “sectores medios urbanos” será retomada en las conclusiones pero adelantemos que vuelven a señalar el rasgo central del populismo y del neopopulismo latinoamericanos: la incorporación de demandas democráticas se realiza en un contexto de desfase entre movilización social e integración política. Es decir, el modo de la incorporación política de los grupos sociales subalternos señala los límites para la constitución de una hegemonía burguesa.

Disponibilidad y excedente económico

Uno de los aspectos más cuestionables del análisis clásico del peronismo es la noción de “masas disponibles”, la cual es difícil de separar de la del paso de la “sociedad tradicional” a la “sociedad de masas”. Sin embargo, Zavaleta Mercado ofreció una aproximación al fenómeno de la “disponibilidad” que es de gran utilidad para comprender los fenómenos nacional-populares (Zavaleta Mercado 2008). La “disponibilidad” en el sentido que le otorga Zavaleta tiene un doble carácter. Del lado de las masas, supone momentos de crisis identitarias en los que se hallan disponibles para un cambio radical en las creencias y disposiciones, del lado del Estado refiere a la capacidad institucional para responder a ese proceso de crisis, para decirlo al modo tradicional, a su capacidad de “integración nacional”. Esta forma de abordar la cuestión de la “disponibilidad” elimina cualquier resto de evolucionismo y permite vincular estrechamente la relación entre “movilización social” e “integración” con la cuestión de la hegemonía.

En este sentido, la “desmovilización” de la clase obrera durante los años '90, la acelerada transformación de la economía y la sociedad del período y el proceso de movilización y de crisis de hegemonía de comienzos del nuevo siglo en Argentina supusieron, del lado de las masas, la producción de disponibilidad para un cambio de época y, del lado del estado, la crisis de sus reducidas capacidades de integración política.

La reconstitución del poder de estado se realizó a través de la movilización de un imaginario y unas prácticas que recuperaron las tradiciones populistas inscriptas en los modos de incorporación política de los trabajadores y de los “sectores populares”. Esto resulta especialmente claro en el caso de los desocupados y en la “movilización” de la clase obrera sindicalmente organizada, como refiriéramos en el anterior apartado. Pero, dicha recreación de pautas populistas de incorporación política, no fue mera reproducción, ya que era imposible ignorar los cambios ocurridos desde 1976. La desorganización de clase y la desproletarización subjetiva, aun en un contexto de aumento de la acción sindical de los trabajadores, redujo el peso de la clase obrera sindicalizada. A su vez, el desarrollo durante dos décadas de los vínculos clientelares de intermediación política y el mayor peso del lazo territorial en la construcción de identidades y organizaciones pluralizó las bases populares del peronismo. El resultado fue un desdibujamiento del contenido clasista del peronismo. Dicho componente pasó a ser uno más, y ni siquiera el más importante, al lado de otros en la definición del kirchnerismo, que, por lo tanto, perdió también cualquier referencia policlasista. La referencia a lo “popular” devino abstracta y puramente exterior y nominó un contenido heterogéneo, por lo tanto, mucho más dependiente de la eficacia del agente externo para conservar su unidad. Pero eso hace también al kirchnerismo mucho más inestable y con tendencias a la descomposición. Estas transformaciones no pueden desvincularse, a su vez, de los cambios en el régimen político desde 1983 y, en particular, del peronismo desde la renovación.²¹ Su principal efecto fue la subordinación de los sindicatos al partido y la autonomización política, organizativa y financiera de un aparato político estrechamente ligado al estado. Ello explica que el neopopulismo se encuentre atravesado por rasgos políticamente liberales que reflejan la estabilización desde 1983 de la centralidad del sistema de partidos basado en elecciones competitivas.²²

Pero la “disponibilidad” del lado del estado también encuentra un fundamento en la cuestión del excedente. Como señala correctamente Zavaleta Mercado el problema no refiere tanto a la existencia del excedente como a la capacidad de captarlo.

Observemos resumidamente algunos aspectos parciales del lado económico del asunto. Ciertas transformaciones en la dinámica de acumulación de capital posibilitaron compatibilizar acumulación capitalista y satisfacción gradual de demandas. Una primera condición fue la reversión en la última década de la tendencia secular al deterioro de los términos de intercambio. El sensible mejoramiento de los precios de los denominados commodities posibilitó la existencia de abultados superávits comerciales. Estos se vieron potenciados por el establecimiento de un tipo de cambio alto que impulsó las exportaciones. En segundo lugar, el default y restructuración de la deuda externa redujo el peso de los intereses sobre un PBI y exportaciones en crecimiento y los superávits de cuenta corriente redujeron la dependencia del financiamiento externo. En tercer lugar, la devaluación tuvo como efecto inmediato una caída de los salarios y de los costos internos que recompuso la tasa de ganancia. Pero, al mismo tiempo, fue un paraguas protector de la competencia externa que posibilitó una moderada sustitución industrial de importaciones. Ambos efectos de la devaluación posibilitaron una acumulación predominantemente capital extensiva que se tradujo en crecimiento del empleo y del salario real. Desde el año 2007, si bien la situación económica sigue siendo favorable a la

²¹ Ver supra nota 19.

²² Este aspecto del kirchnerismo en relación al peronismo me fue sugerido por Alberto Bonnet.

continuidad de la acumulación, han comenzado a aparecer límites y no es extraño que con ello se hayan incrementado los conflictos entre el gobierno y grupos o fracciones del capital.

Por un lado, la expansión de la demanda interna volvió a ser un aspecto central de la capacidad de internalizar demandas, aspecto que emparenta también al kirchnerismo con el **populismo** clásico. Pero tampoco allí hay mera repetición. Los “superávit gemelos” comercial y fiscal y la articulación de moderada sustitución de importaciones y orientación exportadora de la gran burguesía industrial muestran los efectos de las transformaciones neoliberales sobre el capitalismo argentino. Ligado a ello, la sustitución de importaciones sólo es posible con costos salariales bajos, lo que explica la persistencia de altos, aunque decrecientes, niveles de empleo en negro.

Por otro lado, la reducción de los superávit gemelos llevó al gobierno a disputar parte del excedente con grupos capitalistas, pero esto amenaza la continuidad de la inversión. El enfrentamiento con la burguesía agraria, la estatización de los fondos de jubilación privada, las disputas con grandes empresas por el reparto de dividendos, la estatización parcial de YPF, etc. son aspectos de esta disputa por la captación del excedente y que tienen como respuesta desde pequeñas y sórdidas peleas familiares (el “enfrentamiento” entre el gobierno y la multinacional argentino – italiana Techint) hasta crisis políticas (el conflicto del campo) pasando por disputas de mercado (la fuga de dólares y el dólar paralelo). Desde 2007 esto ha potenciado el neo populismo de la economía y la política kirchneristas que es posible resumir como *una política que desvía la contradicción capital/trabajo hacia la oposición pueblo/oligarquía, pueblo/capital financiero, pueblo/grupos económicos, pueblo/capital extranjero, etc.* El problema es que, como señalara Touraine, su profundización lleva a la manifestación de la dualidad de los populismos, entre un cuestionamiento del orden social, desplazado permanentemente hacia el antagonismo parcial con grupos o fracciones económicas y/o políticas, y la legitimación de una dirección de crecimiento económico que depende del flujo de inversiones.

Las fracciones de la clase dominante que atacan al neo populismo kirchnerista lo hacen porque no aceptan los límites a su dominación supuestos en la relación de fuerzas a medias cristalizada en el estado después de la rebelión popular de 2001. Pero, simultáneamente, son incapaces de relegitimar el viejo papel del estado. Sólo pueden producir, entonces, crisis política, y, paradójicamente, eso permite la reproducción del kirchnerismo que los posiciona una y otra vez como “el otro” de un proyecto nacional.

Conclusiones

El rasgo central del populismo latinoamericano fue la incorporación política de masas populares excluidas en contextos de desfase entre movilización social e integración política. El modo de incorporación señaló las dificultades para su institucionalización lo que se puso de manifiesto en la producción de una división dicotómica y antagónica del espacio social. Dicha división funciona como un mecanismo que desplaza permanentemente el antagonismo interno de los movimientos nacional-populares hacia una oposición pueblo-anti pueblo. En este sentido, la contradicción capital trabajo suele asumir formas no clasistas.

Lo específico del peronismo es que realizó la incorporación política y, por lo tanto, la unificación política como clase, de la clase obrera. Ello le dio un carácter policlasista o de alianza de clases y una mayor estabilidad que la de otros movimientos nacional populares más allá de la caída del gobierno de Perón en 1955.

El kirchnerismo logró recomponer el poder de estado después de la crisis de 2001 a través de una estrategia de incorporación de demandas y de la movilización de prácticas e imaginarios

populistas enraizados en las masas populares incorporadas políticamente bajo el signo del peronismo. Sin embargo, la desorganización de clase y la desproletarización subjetiva producto de las aceleradas transformaciones durante la década neoliberal de los '90 han dejado marcas en la reconstitución neo populista que diferencian kirchnerismo y primer peronismo. Un contenido popular difuso y en el que el componente clasista es un elemento secundario da cuenta de una base popular más heterogénea y cuya unidad depende de su nominación externa y abstracta. Esto a su vez, torna al kirchnerismo menos estable y con mayores tendencias a la descomposición. Al mismo tiempo, las transformaciones económicas ocurridas desde 1976 se manifiestan en los límites que asoman a la estrategia de satisfacción gradual de demandas y de desplazamiento de la contradicción capital/trabajo.

Tres aspectos, sin embargo, hemos dejado pendientes de análisis. En primer término, el lugar de la satisfacción de demandas materiales y de las que podemos denominar “demandas de reconocimiento” en la lógica kirchnerista de recomposición del consenso y en el primer peronismo. Aquí sólo pretendemos plantearlo como problema y referir algunas hipótesis. Un punto fuerte del estudio de Germani, retomado por James (1990), aun frente a sus críticos posteriores, fue destacar el peso en la adhesión obrera al peronismo de su reconocimiento como clase, de la expansión de sus organizaciones sindicales, de la inclusión de la cuestión obrera en la agenda política, imposible de ignorar aun por los gobiernos post 1955. Este fue el fundamento de un vínculo más perdurable que aquel fundado en un mero intercambio de beneficios materiales inmediatos por apoyo político. Pareciera que en el kirchnerismo la referencia puramente abstracta y exterior a lo popular tiene su correlato en una dependencia mucho mayor de la satisfacción gradual de demandas materiales para el sostenimiento del consenso. La caída electoral de 2009 tuvo una relación evidente con el conflicto con la burguesía agraria, pero la pérdida de votos en los heterogéneos “sectores populares” del conurbano bonaerense parece haber reflejado también el impacto de la desaceleración de 2008-2009, vinculada tanto con la “crisis del campo” como con la crisis mundial. El peso de las “demandas de reconocimiento” es mucho más fuerte en el apoyo de las organizaciones LGTTB y de los organismos de DDHH, pero no parecen resultar determinantes de una adhesión más amplia tanto entre los sectores medios como obreros. Paradójicamente, ya que los rasgos neopopulistas resultaron acentuados desde 2008, el peso de las “demandas de reconocimiento” en la concitación de adhesión política pareció ser mayor en los primeros dos años de gobierno de Nestor Kirchner. El reconocimiento de las organizaciones piqueteras como interlocutores legítimos del gobierno, su inclusión parcial en la coalición oficialista, la relación con las organizaciones de DDHH y los gestos vinculados con la política de juzgamiento a los genocidas, incluso, el retorno de las paritarias y la intervención del estado favoreciendo a los trabajadores en conflicto parecieron tener un fuerte impacto en la adhesión inicial. Luego, esta política parece alcanzar sus límites. Si ello es así, la adhesión resulta mucho más inestable. De cualquier modo, la satisfacción de demandas materiales resulta inscripta en la actualización de una tradición política peronista de las masas trabajadoras cuyo impacto en el vínculo popular con el kirchnerismo no debe ser subestimado. El punto es que este vínculo siempre está mediado por la necesidad de revalidación peronista del kirchnerismo y, entonces, el círculo explicativo se vuelve vicioso, ¿depende esta revalidación de la continuidad en la satisfacción gradual de demandas materiales? La resolución de este problema requiere de mayor investigación. Más allá del problema puntual, sin embargo, es necesario preguntarse aun por la naturaleza de ese vínculo de los trabajadores con el peronismo. No se trata de una herencia persistente o de una esencia inmodificable del “ser peronista”, sino de una subsistencia mediada por la actualización de prácticas políticas y por las formas de movilización política de los trabajadores. Ello implica que el peronismo muta, que es rehecho cada vez y que ello, junto a su carácter cada vez más vacuo y exterior, no pueden dejar inmodificado el contenido que es movilizad²³.

²³ Para una discusión sobre la persistencia del vínculo de los trabajadores con el peronismo y el problema del “esencialismo” en los estudios sobre el peronismo ver (Sigal 2008 y 2009; Balbi 2009).

El segundo es el referido al nacionalismo. Este, como señalamos, fue un elemento central de la ideología peronista pero lo es mucho menos del kirchnerismo. Si bien la retórica nacionalista se ha potenciado junto con la profundización de los rasgos neo populistas desde 2008 - por ejemplo, el retorno del tema Malvinas – lo cierto es que está ausente el rasgo “anti imperialista” del peronismo clásico. Al mismo tiempo, se haya acentuado respecto del primer peronismo el latinoamericanismo. Ambas diferencias reflejan la tendencia a la integración económica regional en el marco de una creciente internacionalización de la producción capitalista. Un aspecto de ese proceso es la interpenetración entre burguesía nacional y extranjera en la Argentina, un aspecto de clara continuidad con la década menemista.

El tercer aspecto resulta más central a nuestro análisis y tiene que ver con la cuestión de la hegemonía. Entendemos la hegemonía como un modo histórico de la lucha de clases que se caracteriza, en primer lugar, por la capacidad de la burguesía de presentar las condiciones para su propia expansión como condiciones para la “expansión de las energías nacionales” (Gramsci 1998: 58). Esto es, de presentar las condiciones de su reproducción particular como condiciones de la reproducción del conjunto social.²⁴ En segundo lugar, dicha potencialidad hegemónica, sólo se realiza en “formas de Estado” determinadas. En este sentido, en el núcleo de la construcción de una hegemonía se halla la estabilización de mecanismos de internalización de las contradicciones sociales mediante la captura estatal de los procesos de lucha, su internalización en mecanismos rutinizados que permitan traducir demandas potencialmente antagónicas y disruptivas del régimen político en una lógica reformista de otorgamiento de concesiones (Piva 2009).

Desde 2003 el conflicto obrero da muestras de normalización e institucionalización. A pesar de ello se evidencian dificultades para la traducción institucional de un amplio abanico de conflictos y demandas.

A causa de la reducción del espacio social abarcado por las confrontaciones clasistas, aun en un contexto de recomposición de la acción y de la organización de los trabajadores, la contradicción capital/trabajo encuentra expresión en una inorgánica y heterogénea gama de conflictos y de modos de intermediación política que no tienen su espacio de constitución en las identificaciones clasistas, y menos aún en el mundo laboral. Este conjunto heterogéneo abarca a los “sectores populares” y a los “sectores medios urbanos”. No es extraño entonces que la institucionalización del conflicto obrero no sea suficiente para la estabilización de una dominación hegemónica (Piva 2012c).

Lo que ello señala es el exceso de movilización social respecto de la capacidad de integración que vino a ser ocupado por una estrategia neo populista de incorporación de demandas. Pero el déficit de institucionalización significa que el éxito del gobierno en polarizar el espacio político en términos de oposición Kirchnerismo – anti kirchnerismo oculta y expresa al mismo tiempo la dificultad para la constitución de una hegemonía que brinde estabilidad a la dominación.

Ha contribuido a ello una fuerte tradición anti populista de los “sectores medios urbanos” que se movilizaron y se movilizan contra el gobierno con cada oportunidad política. Un aspecto destacado por Touraine, y que se aplica con extrema facilidad al peronismo, es la preeminencia de una lógica de la participación frente a una lógica de la representación. Ello funda un estilo político verticalista y poco propenso a la deliberación que es identificado por aquellas porciones de los “sectores medios” de tradición política liberal como autoritario. Esa identificación fue central para la capacidad de movilización contra las retenciones demostrada por la burguesía agraria.

²⁴ Ello presupone condiciones del modo de acumulación de capital que lo hagan posible y a las que aquí sólo referimos brevemente.

La extrema fluidez de la situación política, con un gobierno que en poco tiempo pasó de niveles altísimos de adhesión popular a la derrota de 2009 y a una nueva victoria aplastante en 2011, indica que el final permanece abierto.

Bibliografía

Astarita, Rolando. 2004. *Valor, mercado mundial y Globalización*. Buenos Aires: Ediciones cooperativas.

Atzeni, Mauricio y Pablo Ghigliani, Pablo. 2008. "Nature and limits of trade unions' mobilizations in contemporary Argentina". *Labour Again Publications*, International Institute of Social History. Amsterdam. Disponible en <http://www.iisg.nl/labouragain/documents/atzeni-ghigliani.pdf>.

Auyero, Javier. 2001. *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.

Balbi, Fernando. 2009. "¿Explicar el "peronismo"? Apuntes para un debate pendiente". *Desarrollo Económico*, vol. 49, n° 193, abril – junio de 2009. pp. 151-160.

Bartra, Roger. 2007. "Populismo y democracia en América Latina" en *Perspectivas progresistas*, n° 1. México: Fundación Friedrich Ebert.

Bonnet, Alberto. 2008. *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989 – 2001*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Bonnet, Alberto y Piva, Adrián. 2012. "El estado en el kirchnerismo. Un análisis de los cambios en la forma de estado a partir de la crisis de 2001" en *Grigera, Juan (comp.) La posconvertibilidad a debate*. Buenos Aires: Imago Mundi. (En prensa)

Campione Daniel. 2008. "Reaparición obrera" en Argentina a partir de 2004" en *López Maya, Margarita; Iñigo Carrera, Nicolás; Calveiro, Pilar, Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Cantón, Darío. 1973. *Elecciones y partidos políticos en la Argentina. Historia, interpretación y balance: 1910-1966*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Cardoso, Fernando Henrique, Faletto, Enzo. 1992. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.

Cortés, Martín. 2009. *Luchas populares y lógica estatal: entre la autonomía y la institucionalización. Estado y conflicto social en la Argentina contemporánea (2003 – 2007)*. Tesis de Maestría. Maestría en ciencias sociales. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Mimeo.

Del Campo, Hugo. 1983. *Sindicalismo y Peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires: CLACSO.

Di Tella, Torcuato. 1977. "Populismo y reformismo" en *Iani Octavio (comp.) Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México: Ediciones Era.

Donaire, Ricardo, Germán Rosati. 2009. "Evolución de la distribución de la población según grupos sociales fundamentales. Argentina, 1960-2001" en PIMSA Documentos y comunicaciones 2008-2009, Buenos Aires.

Etchemendy, Sebastián y Ruth Collier. 2008. "Golpeados pero de pie. Resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003-2007)" en *POSTData*, N° 13, agosto, Buenos Aires.

Germani, Gino. 1977. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.

-----, 1977b. "Democracia representativa y clases populares" en *Iani Octavio (comp.) Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México: Ediciones Era.

-----, 2003. *Autoritarismo, Fascismo y Populismo Nacional*. Buenos Aires: Temas.

Gramsci, Antonio. 1998. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Halperin Donghi, Tulio. 1975. "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos" en *Desarrollo Económico*, vol. 14, n° 56, enero – marzo de 1975. pp. 765-781.

James, Daniel. 1990. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946 – 1976*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Kenworthy, Eldon. 1973. "The function of the little-known case in theory formation, or what peronism wasn't, en *Comparative Politics*, n° 6, octubre de 1973. pp. 17-45.

-----, 1975. "Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo" en *Desarrollo Económico*, vol. 14, n° 56, enero – marzo de 1975. pp. 749-763.

Laclau, Ernesto. 2010. *La razón Populista*, México: Fondo de Cultura Económica.

Lenguita, Paula y Juan Montes Cató (comps.). 2009. *Resistencias laborales. Experiencias de repolitización del trabajo en Argentina*. Buenos Aires: El Aleph.

Levitsky, Steven. 2005. *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista. 1983 – 1999*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Merklen, Denis. 2010. *Pobres ciudadanos: las clases populares en la era democrática, Argentina (1983 -2003)*. Buenos Aires: Gorla.

Murmis, Miguel, Juan Carlos Portantiero. 1984. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI.

O' Donnell, Guillermo. 1972. *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.

-----, 1996. *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.

Palermo, Vicente, Marcos Novaro. 1996. *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Grupo editorial Norma - FLACSO.

Pérez, Germán. 2007. "Exceso y defecto: movilización y subjetividad desde una perspectiva sociopolítica" en Villanueva, Ernesto y Massetti, Astor (comp.) *Movimientos sociales y acción colectiva en la Argentina de hoy*. Buenos Aires: Prometeo libros.

Piva, Adrián. 2008. "Monsieur le Travail, Monsieur le Capital y Madame la Terre. Notas críticas sobre la noción marxista de clase" en *Revista Bajo el Volcán*, Año 7, N° 13. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

-----, 2009. "Hegemonía, Estado y lucha de clases" en *Revista Nuevo topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, N° 6. Buenos Aires: Prometeo.

-----, 2011. "¿Fin de la clase obrera o desorganización de la clase?" en Bonnet, Alberto (comp.) *La Argentina invisible. Debates sobre la Argentina reciente*. Buenos Aires: Peña Lillo – Ediciones Continente.

-----, 2012. *Acumulación y hegemonía en la Argentina menemista*. Buenos Aires: Biblos (en prensa).

-----, 2012b. "Los límites económicos de una lógica política". Ponencia publicada en CD de las V jornadas de economía crítica "La crisis global como crisis del pensamiento económico". Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

-----, 2012c. "¿Una nueva hegemonía? El estado frente al conflicto social en la Argentina post crisis (2003-2010)" en E-Latina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 10, n° 40, julio – setiembre de 2012. pp. 45-66.

Portantiero, Juan Carlos. 1973. "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual" en Oscar Braun (comp.), *El capitalismo argentino en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

-----, 1977. "Economía y política en la crisis argentina, 1958-1973" en *Revista mexicana de sociología* N° 2. México.

Scolnik, Fernando. 2009. "El movimiento obrero argentino entre dos crisis: las organizaciones de base antiburocráticas en el área metropolitana de Buenos Aires durante el período 2003-2007" en *Revista Conflicto Social*, año 2, número 2, Buenos Aires: IIGG - UBA.

Sidicaro, Ricardo. 2002. *Los tres peronismos. Estado y poder económico 1946-55/1973-76/1989-99*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Sigal, Silvia. 2008. "Del peronismo como promesa", *Desarrollo económico*, n° 190/191, julio – diciembre de 2008. pp. 269-286.

-----, 2009. "Respuesta al comentario de Fernando Balbi", *Desarrollo económico*, vol. 49, n° 193, abril – junio de 2009, pp. 161-163.

Smith, Peter. 1972. "The social base of peronism" en *Hispanic American Historical Review*, n° 52, febrero de 1972. pp. 55-73.

-----, 1974. "Las elecciones argentinas de 1976 y las inferencias ecológicas" en *Desarrollo Económico*, vol. 14, n° 54, julio – setiembre de 1974. pp. 385-398.

Stein, Steve. 1980. *Populism in Perú*. USA: University of Wisconsin Press.

Svampa, Maristella. 2008. "Argentina: una cartografía de las resistencias 2003 – 2008" en *Revista OSAL*, año IX, número 24. Buenos Aires: CLACSO.

-----.(2008b) *Cambio de época, movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra. 2003. *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.

Torre, Juan Carlos. 1989. "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo" en *Revista Desarrollo Económico*, V. 28, N° 112, enero – marzo de 1989. Buenos Aires: IDES.

-----, 1990. *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.

Touraine, Alan. 1987. *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago de Chile: PREALC.

Vilas, Carlos. 1988. "El populismo latinoamericano: un enfoque estructural" en *Revista Desarrollo Económico*, Vol. 28, N° 111, Octubre – Diciembre de 1988. Buenos Aires: IDES.

-----, 1994. *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México: Conaculta.

Zavaleta Mercado, René. 2008. *Lo nacional – popular en Bolivia*. La Paz: Plural.